Miércoles, 22 de junio 2016

En brazos de lo censurable

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2016/06/in-praise-of-reprehensible.html

El mes pasado discutimos sobre la senilidad cultural y sus antídotos; sobre la forma en que la educación moderna borra el pasado para defender las ideologías del momento en contra de las enseñanzas de la historia. Mientras que el mensaje se centró en el extremo más hacia la izquierda del espectro de la política que ahora mismo domina en lo que jocosamente en los EE.UU. llamamos "educación superior" hay que subrayar que el borrado del pasado es igual de habitual en el otro extremo de la política. Entre la corrección política de la izquierda y la corrección patriótica de la derecha, no es de extrañar que haya tantos estadounidenses caminado ciegamente hacia el futuro entre una fabricada niebla de ignorancia, celosamente protegido de los conocimientos históricos que les podrían dar una pista sobre el problemático paisaje sobre ellos o los desastres se les avecinan.

Esta semana me gustaría hablar de otro aspecto del borrado del pasado. Voy a concentrarme de nuevo en cómo se hacen las cosas en la izquierda, porque esa es la parte que está haciendo el mayor esfuerzo para deformar la educación estadounidense justo ahora, pero me gustaría avisar a mis lectores de que el problema es una espada de doble filo y ambos cortan. ¿De qué estoy hablando? De la censura de la literatura del pasado para garantizar su conformidad con las nociones morales de la actualidad.

Se da la circunstancia, por ejemplo, que un buen número de obras de la literatura americana tratan a la gente de color en unos términos que muchas personas de hoy encuentran extremadamente ofensivos. Por supuesto que en la actualidad muchas obras de la literatura americana tratan sobre mujeres, minorías sexuales y sobre casi cualquier grupo de personas que se os ocurra (aparte de los consabidos personajes varones heterosexuales protestantes anglosajones blancos con estudios universitarios) de manera muy insultante, pero vamos a centrarnos de momento en el racismo. En las universidades estadounidenses está de moda en estos días insistir en que tales obras deberían ser arrojadas a la papelera, o como mínimo "ser adaptadas" en nuevas ediciones de las que haya sido conveniente expurgado todo el material ofensivo.

Las justificaciones para estos proyectos son muy oportunamente diversas. Por un lado, está la afirmación de que los miembros de los grupos que han estado sometidos a opresión racial no deberían estar obligados a leer libros que contienen el lenguaje o las ideas que justifican la opresión que han sufrido. Por otro lado, está la afirmación de que a las personas que no pertenecen a estos grupos no se les debería permitir leer esa clase de libros, para que de ese modo no adopten el lenguaje o las ideas en cuestión. En el fondo asoma la utópica visión de una sociedad libre de racismo, en la que se supone que un paso para lograr el objetivo es la eliminación del lenguaje y las ideas que una vez se usaron para justificar el racismo.

No suena del todo mal, pero ¿qué tiene que decir la historia sobre proyectos de este tipo?

Da la casualidad de que la historia tiene algo que decir sobre los resultados de la censura de la literatura del pasado para apoyar las cruzadas morales del presente, y en este contexto, me gustaría presentarles a un caballero que una vez fue bastante famoso, aunque hoy apenas se recuerda más que su apellido (en los países de habla inglesa). Su nombre era el Dr. Thomas Bowdler; fue un médico Inglés que vivió desde 1754 hasta 1825, quien tras jubilarse, publicó una nueva edición de las obras de Shakespeare, "donde no se añade nada al texto original; pero se omiten las palabras y expresiones que no pueden, con propiedad, ser leídas en voz alta en familia". Sí, él fue el hombre que inspiró el verbo "bowdlerize"[1].

Bowdler estaba a la cabeza de uno de los grandes proyectos culturales del mundo de habla inglesa del siglo XIX, el intento de eliminar del discurso público toda referencia al sexo. La era victoriana reaccionó

---

[1]. N. del T. Expurgar una obra escrita mediante la eliminación o modificación de pasajes que se consideran vulgares o cuestionables [to expurgate (a written work) by removing or modifying passages considered vulgar or objectionable].

contra la sexualidad relativamente libre anterior adoptando la forma más horriblemente puritana del sexo. Eso no era una simple pose; la gente en la sociedad victoriana estaba profundamente molesta y ofendida por la sexualidad humana y con cualquier cosa lejanamente relacionada con ello. El resultado fue una época en la que las patas (perdón, los miembros) de los pianos en los hogares ingleses respetables eran cubiertas con almidonadas faldillas de algodón para cubrir sus curvas excesivamente eróticas; en la que el embajador británico intentó intimidar a las autoridades florentinas para que le pusieran pantalones al David de Miguel Ángel y así los recatados turistas de las Islas Británicas no se escandalizarían por su desnudez; y en el que todo el mundo empezó a llamar a los gallos con el neologismo de "*rooster*", porque su nombre en el inglés de toda la vida, "*cock*" era la expresión vulgar para referirse al pene[2].

El rechazo victoriano de la sexualidad logró el nivel de unanimidad cultural que los defensores actuales de la corrección política desearían lograr en su rechazo al racismo. En la esfera pública, fueron universales la rígida censura de todo contenido sexual y la extenuante denuncia de irregularidades. Se arruinaron reputaciones y carreras por declaraciones imprudentes o, en muchos casos, por simples rumores; en todo el mundo de habla inglesa, las figuras públicas se felicitaron del triunfo de la moral moderna sobre los desagradables hábitos del pasado, en el mismo tono de autosatisfacción que escucharás en estos días en cualquier universidad norteamericana.

Ahí está nuestro ejemplo histórico. Y bien, ¿funcionó?

Aquí es donde las cosas se ponen interesantes. Las culturas humanas se rigen por algo que no es demasiado diferente de la famosa tercera ley del movimiento de Newton: "toda acción produce una reacción igual y opuesta"[3]. La cruzada moral victoriana contra la sexualidad generó su inevitable movimiento opuesto, y durante casi un siglo, desde 1890 hasta finales del siglo XX, todo movimiento literario, artístico y cultural de vanguardia en el mundo de habla inglesa encontró la manera de rechazar la moral sexual de estilo victoriano y glorificar el sexo casual. A mediados del siglo XX, la misma reacción irrumpió en la literatura popular; algunos de mis lectores recordarán el torrente de novelas de ciencia ficción de la década de 1960 —la más famosa quizá sea "Forastero en tierra extraña (Stranger in a strange land)", de Robert Heinlein[4], que proclamaba sin inhibiciones el abandono orgiástico como el siguiente paso de la gloriosa evolución humana—.

La dificultad que Thomas Bowdler y muchos de sus seguidores no habían previsto era que borrar el sexo de la literatura y de la cultura popular no hace que la gente sea casta, inocente y pura, sólo los hace ignorantes. Al crecer en la respetable sociedad victoriana, los jóvenes se mantuvieron ayunos de cualquier actitud hacia la sexualidad, excepto el constante martilleo que sufrían día tras día por todas las voces oficialmente autorizadas de su sociedad, y el resultado fue que nunca aprendieron a pensar de manera crítica sobre la ética del sexo. Si se crían ratas de laboratorio en un ambiente completamente libre de patógenos y luego se sueltan, muy a menudo acabarán muriendo de enfermedades banales que una rata normalmente habría superado con facilidad, pues nunca adquirieron resistencia. Mantener a los jóvenes ignorantes de la sexualidad, y por tanto sin capacidad de resistencia puede no ser tan letal pero es una absoluta tragedia.

En otras palabras, si los partidarios de la corrección política en el mundo de hoy llegasen a alcanzar sus objetivos, un resultado muy probable sería un período de quizá un siglo de duración, que comenzaría algunas décadas después de que la corrección política se conviertiera en la sabiduría convencional de la sociedad, en la que todo movimiento literario, artístico y cultural de vanguardia en Europa y en Norteamérica expresaría su rechazo a la corrección política glorificando los prejuicios raciales. Dudo que los profesores que están abogando por la edulcoración (bowdlerization) política de la literatura se den

[2] N. del T.: Resulta curioso que en el español de España se haya dado un fenómeno similar con cambio de género gramatical. La palabra "polla" (aunque muy polisémica) define tanto a la gallina joven que aún no ha empezado a poner huevos como al pene, en una de sus formas más soeces. Los avicultores españoles (no sé si en América ocurre lo mismo) evitan emplear la palabra "polla" y usan su diminutivo, hablando de "pienso de pollitas" o "nave de recría de pollitas".

[3] N. Del T.: Principio de acción y reacción: *Actioni contrariam semper & æqualem esse reactionem: sive corporum duorum actiones in se mutuo semper esse æquales & in partes contrarias dirigi*. [Con toda acción ocurre siempre una reacción igual y contraria: quiere decir que las acciones mutuas de dos cuerpos siempre son iguales y dirigidas en sentido opuesto]

[4] Disponible en http://www.lectulandia.com/book/forastero-en-tierra-extrana

cuenta de que ahí es precisamente adonde están llevando sus esfuerzos, pero la historia tiene un retorcido sentido del humor y parece deleitarse en aplicar estos trucos a quienes no prestan la debida atención a las lecciones que tiene que ofrecer.

Pero vayamos más hondo. La estrategia de bowdlerization asume que la mejor manera, o incluso la única, de desalentar las expresiones e ideas indeseables es mantener a la gente ignorante de ellas. La historia de los intentos anteriores de censura moral demuestran que sucede exactamente lo contrario: puesto que nunca ha sido posible extirpar toda expresión de una idea indeseable, hacer que la gente ignore esa idea sólo significa que van a reaccionar de manera acrítica cuando finalmente se topen con ella, y si bien algunas reacciones conducirán al rechazo acrítico también habrá casos de aceptación acrítica.

¿Cuál es la alternativa? Lo que está en cuestión es la capacidad de pensamiento crítico sobre cualquier asunto, y esa es una capacidad que no se puede desarrollar sin exponer a la gente a todo el espectro de las ideas relacionadas con el asunto, incluso aquellas que resultan ofensivas para la sensibilidad moderna. Por razones que vamos a explorar más adelante (y en futuros posts), la literatura está particularmente bien adaptada a este tipo de prueba, y es precisamente esa literatura que los pensadores modernos política (o patrióticamente) correctos encuentran reprobable la más valiosa en este contexto.

Un ejemplo concreto será más útil que un cúmulo de generalidades, así que vamos a echar un vistazo a un escritor que ha sido objeto de condena por los motivos señalados, el escritor estadounidense de terror y fantasía H. P. Lovecraft. ¿Era Lovecraft racista? Se admiten apuestas. Él se describió a sí mismo usando con orgullo ese término específico en al menos una de sus cartas. (Se puede decir en su descargo que eso ocurrió en los EE.UU. de entreguerras. Una fracción significativa de los estadounidenses se declaraban racistas en esa época, antes de que los campos de Auschwitz dejasen incuestionable e incómodamente claro qué tipo de resultados podían obtenerse al poner en práctica las entonces populares nociones sobre la superioridad racial. He mencionado antes el retorcido sentido del humor de la historia;. un ejemplo palpable es el hecho de que el único impacto perdurable de Adolf Hitler en la cultura occidental fue el de dejar fuera de la moda en muchos círculos el racismo abierto y el antisemitismo (una de sus ideas fundamentales)

El racismo de Lovecraft no era tampoco una simple opinión privada. Muchas de sus historias tienen un tufo racista. Con muy pocas excepciones, las personas de color que aparecen en su obra caen en un montón de estereotipos —los clásicos ganapanes complacientes que “saben cual es su sitio”, las masas idiotizadas que no saben hacer nada a derechas, los personajes morenos y siniestros que deliberadamente sirven al Lado Equivocado—. Si conoces la cultura popular de la época te habrás encontrado con todos esos clichés. Lovecraft trata incluso peor a los mestizos que a los negros, con todos los tópicos habituales; en particular, si aparece un grupo de mulatos en una historia de Lovecraft, casi se puede dar por sentado que están en connivencia con el tentaculado monstruo del horror que está en el exterior para devorar a la humanidad.

Ahora bien, el caso es que Lovecraft merece ser leído a pesar de esas desagradables costumbres. Muchos escritores de talento han señalado a Lovecraft como una de las figuras clave de la literatura de terror del siglo XX, pues su profundidad imaginativa y la extraordinaria riqueza de las cuestiones filosóficas que trata son una buena razón para dejarlo fuera del cubo de basura en el que la opinión políticamente correcta lo quiere colocar. Hay mucho que decir sobre Lovecraft, pero no es el caso. Más bien, me gustaría sugerir que si quieres obtener un sentido claro de la psicología subyacente al racismo norteamericano —un conocimiento que hará que sea imposible que te tomes en serio las ideas racistas— una lectura atenta de la obra de HP Lovecraft es un buen lugar para empezar.

Vamos a empezar por señalar algo que no siempre se ha tenido en cuenta en los estudios de Lovecraft: la gente de color no eran los únicos que salieron malparados en sus escritos. Sus actitudes hacia los blancos pobres del medio rural, como se observa en cuentos como "Más allá del muro del sueño (Beyond the Wall of Sleep)" o "El miedo al acecho (The Lurking Fear)", eran igual de intolerantes. En Lovecraft, si no eres varón, blanco, heterosexual, con educación universitaria, anglosajón y protestante, lo más probable es que no tengas un buen trato.

Por lo demás, lo que produce un escalofrío de terror en las criaturas no humanas de sus historias más famosas no era tanto su hostilidad, sino su mera entidad, tener el descaro de existir. Piensa en "Dagón", generalmente considerada la primera de sus historias de madurez, en los que los testigos hablan de una enorme criatura, con apariencia vagamente humanoide, que recuerda una rana con aspecto de pescado, que adoraba a un monolito y ha sido expulsado del océano por un terremoto. Esta visión aboca al narrador a drogarse con morfina y, cuando su dinero se acaba, a suicidarse tirándose por la ventana.

¿Por qué? Un ser entre rana y pescado no es abiertamente hostil; ni siquiera se lo pareció al narrador, y mucho menos quedó afectado por la intrusión en sus prácticas religiosas; pero el mero hecho de que hubiera otra especie inteligente en el planeta, una con sus propias tradiciones religiosas y artísticas, parece ser suficiente para trastornar tan profundamente la mente del narrador que el suicidio es la única salida. Lovecraft pone en la boca llena de agua marina de su narrador lo siguiente “No puedo pensar en las profundidades del mar sin estremecerme ante las cosas sin nombre que pueden en este mismo momento estar forcejeando y arrastrándose por su lecho fangoso, adorando a sus antiguos ídolos de piedra y tallando sus detestables semblantes en obeliscos submarinos de granito." ¿Se hubiera sentido mejor si esas cosas sin nombre estuvieran adorando a nuestros ídolos y esculpiendo nuestras propias detestables figuras?

De hecho, y sólo con una excepción muy importante, todo el enfoque del horror de Lovecraft se centra en el intento de hacer preguntas del tipo que acabo de plantear, imposibles de responder. Las criaturas inhumanas de sus historias más famosas son incomprensibles formas veladas observadas sólo a distancia, reveladas al narrador de la historia por un balbuceo, por una descripción frenética pronunciada por algún personaje poco fiable, que no está seguro de lo que está viendo. Por lo tanto lo más que se acerca el lector a Cthulhu —el poderoso Dios-Demonio en el más famoso cuento de Lovecraft, “La llamada de Cthulhu (The Call of Cthulhu)”—, es una narración escrita por un hombre y resumida brevemente en un relato escrito por otro, y por eso funciona la historia. Si llegas a estar más cerca de Cthulhu empiezas a preguntarte cómo son las cosas desde su punto de vista, y luego todo se cae a pedazos.

Los siniestros monstruos tentaculares y cultistas de Lovecraft han sido acusados de ser planos, de sólo dos dimensiones, pero eso es no entender a Lovecraft en absoluto. Si funcionan como personajes de terror, es precisamente (y sólo) porque son planos. Dales una tercera dimensión, una vida interior, un nombre y una perspectiva de su propia vida y pierden gran parte de su capacidad de aterrorizar. Digamos que si vas a proyectar tus propios miedos sobre algo, el receptor de la proyección debe ser como una pantalla plana, algo que tiene mucho que ver con los prejuicios del propio Lovecraft.

La única vez en su obra en que Lovecraft rompió deliberadamente con el enfoque que acabamos de describir es la excepción que confirma la regla. “En las montañas de la locura (At the Mountains of Madness)”, una de sus tres novelas, cuenta como un equipo de exploradores antárticos descubren formas de vida arcaicas, aparentemente muertas hace mucho tiempo en una caverna bajo el hielo. Poco después se pierde el contacto por radio y cuando otros miembros de la expedición van en su busca, descubren el equipo y los perros de trineo destrozados; el campamento destruido, y los bichos se han ido. Es horror clásico, excepto en que, a medida que avanza la historia y dos miembros de la expedición siguen el rastro de las criaturas, el lector lentamente percibe que las acciones de los bichos son precisamente lo que lo habría hecho un grupo de exploradores humanos, que hubiera despertado de repente en un futuro lejano siendo asaltado por extrañas criaturas alienígenas.

Es una impresionante inversión de la perspectiva que aporta gran fuerza a la historia, pero Lovecraft sólo puede mantener el horror mediante la incorporación de otro monstruo aun más espantoso, cuya perspectiva queda fuera de la historia por los medios habituales. Fue también, si se me permite insertar una nota personal, lo que inspiró mi nueva novela “El extraño de Hali: Innsmouth (The Weird of Hali: Innsmouth)”, que evoca a Lovecraft al traer a colación a los Primigenios con tentáculos y sus mestizos adoradores.

Hay, sin embargo, otra forma en que Lovecraft nos muestra el punto de vista de los monstruos que es profundamente reveladora. Muy a menudo (por ejemplo en "The Outsider", "Arthur Jermyn", "Las ratas en las paredes (The Rats in the Walls)", y "La sombra sobre Innsmouth (The Shadow Over Innsmouth)",

la historia revela que el personaje principal, después de todo, pertenece al grupo de los monstruos. La conexión es casi siempre a través de un ancestro que no era lo que parecía. Este tema se repite de manera tan obsesiva en la ficción de Lovecraft que francamente me pregunto si el propio Lovecraft sabía o sospechaba que algún antepasado suyo por la rama femenina no era caucásico, sino simplemente pasaba por serlo.

Ese tipo de esqueleto en el armario mental está lejos de ser infrecuente entre los racistas, por cierto. Estoy pensando, entre otras muchas cosas, en un libro que leí hace años sobre los neonazis en Estados Unidos. El autor comentaba en la introducción que prácticamente cada uno de los líderes neonazis que había entrevistado afirmó que otros líderes neonazis eran homosexuales, judíos o no del todo blancos. El autor comprobó que en un buen número de casos que esas acusaciones resultaron ser ciertas. Espero que no tenga que recordar a mis lectores, de manera similar, el número de predicadores que hacen burla de los homosexuales, que al final resultó que tenían novio. Las convincentes argumentos de Jung sobre la proyección de la sombra son relevantes aquí: lo que más odiamos, lo que no podemos tolerar ver en nosotros mismos y nuestras denuncias más salvajes se dirigen siempre, en un sentido u otro, hacia nosotros mismos, como en un espejo.

Si lees con atención a Lovecraft es imposible pasar todo esto por alto. Tomó su propio terror rabioso a las otras razas, mezclado con las divisiones étnicas, culturales, y económicas de una época difícil y lo combinó todo con un hirviente de estado de pánico para producir una de las literaturas de terror más icónicas del siglo XX. Como todos los grandes escritores —yo diría que a pesar de sus problemas Lovecraft fue un gran escritor— utilizó su propia experiencia idiosincrásica del mundo y la universalizó, creando un retrato implacable de la literatura del odio y el terror al Otro que todo ser humano siente en un momento u otro: un odio y un terror que siempre se dirige a alguna parte de nosotros mismos.

Quédate con esta idea —una lectura atenta de H. P. Lovecraft es un buen lugar para empezar a captarlo— y te darás cuenta de que al escuchar a un racista podrás reconocer al instante que los racistas proyectan sobre la pantalla en blanco de la vida de los otros algo que encuentran intolerable en sí mismos. Además, una vez hayas aprendido la lección que Lovecraft involuntariamente enseña, te darás cuenta de que muchas de las denuncias que se airean dejan de tener sentido (y, querido lector, más a menudo esas denuncias insustanciales surgen de la izquierda política y no desde la derecha). Eso es lo que la literatura puede conseguir cuando no está castrada por la edulcoración del punto de vista políticamente correcto. Eso, a su vez, es la razón por la que la literatura cuya lectura te molesta, con puntos de vista con los que no estás de acuerdo, es un elemento crucial en el tipo de educación que algunos podríamos tener en los tiempos turbulentos que nos esperan.

****

Deberes para casa 2

Como se señaló anteriormente, en esta serie de posts sobre la educación se ponen deberes para realizar en casa. Su tarea para el próximo mes, digamos, es leer una obra literaria que te ofenda. La elección del libro depende de ti; si hay un problema que sea emocionalmente demasiado traumático para poder abordarlo este momento, lee algo sobre un asunto diferente, pero no escojas algo demasiado fácil sin una buena razón. No se espera que llegues a un acuerdo con el autor, lo que sería contrario al objetivo de la tarea, sino que entiendas por qué el autor (y los lectores habituales de esa obra) tiene esa visión concreta del mundo. La misma regla que rige para la creación de buenos villanos de ficción se aplica aquí: tú no eres el villano, pero puedes imaginar un conjunto de circunstancias en las que habrías terminado haciendo lo mismo.